

Clásicos Modernos

El ponche de los deseos

Michael Ende



ANAYA



1.ª edición: marzo 2013

Título original: *Der satanarchäolügenialkohöllische Wunschpunsch*

© 1989, 2007 by Thienemann Verlag (Thienemann Verlag GmbH), Stuttgart / Wien

© De la traducción: Jesús Larriba y Marinella Terzi, 1989

© De la ilustración de cubierta: Mónica Armiño

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

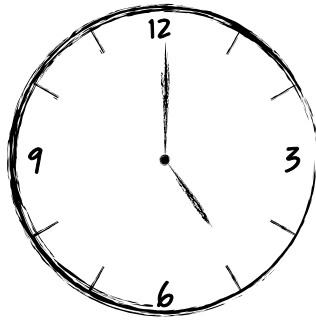
ISBN: 978-84-678-4092-6

Depósito legal: M-3468-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Era la última tarde del año y había oscurecido demasiado pronto. Nubes negras habían entenebrecido el cielo y una tempestad de nieve azotaba desde hacía horas el Parque Muerto.

■ 11

En el interior de Villa Pesadilla no se movía nada, excepto el trémulo resplandor del fuego que ardía con llamas verdes en la chimenea abierta y sumergía el laboratorio mágico en una luz espectral.

El reloj de péndulo que había sobre la cornisa de la chimenea puso en marcha sus engranajes rechinando. Se trataba de una especie de reloj de cuco, pero su artístico mecanismo representaba un pulgar dolorido sobre el que descargaba sus golpes un martillo.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —gritó.

Así pues, eran las cinco.

De ordinario, Belcebú Sarcasmo, Consejero Secreto de Magia, se ponía francamente de buen humor cuando lo oía dar las horas. Pero aquella tarde de San Silvestre le echó una

mirada más bien pesarosa. Le hizo un gesto de rechazo con un leve movimiento de la mano y se dejó envolver por el humo de su pipa. Con el ceño fruncido, se sumió en sus cavilaciones. Sabía que le esperaba algo muy desagradable y que le iba a llegar muy pronto, a medianoche lo más tarde, al cambiar el año.

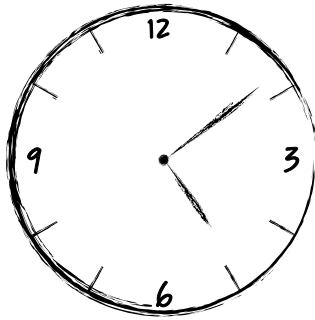
12 ■ El mago estaba sentado en una cómoda butaca de orejas, que un vampiro muy dotado para la artesanía había fabricado personalmente, cuatrocientos años antes, con tablas de ataúdes. Los cojines estaban confeccionados con pieles de ogro, que, por el paso del tiempo, claro está, se hallaban ya un poco raídas. Este mueble era una herencia familiar y Sarcasmo lo tenía en gran estima pese a que, por lo demás, era de ideas más bien progresistas y estaba al día, cuando menos en lo que se refería a su actividad profesional.

La pipa en que fumaba representaba una calavera cuyos ojos, de cristal verde, se encendían con cada chupada. Las nubecillas de humo formaban en el aire figuras extrañas de los más diversos tipos: cifras y fórmulas, serpientes enroscándose, murciélagos, pequeños fantasmas y, sobre todo, signos de interrogación.

Belcebú Sarcasmo suspiró profundamente, se levantó y comenzó a caminar en su laboratorio de un lado para otro. Le iban a pedir cuentas, de eso estaba seguro. Pero ¿con quién tendría que vérselas? ¿Y qué podía aducir en su defensa? Y, sobre todo, ¿aceptarían sus motivos?

Su alta y esquelética figura se hallaba cubierta con una bata plisada de seda verde cardenillo (este era el color preferido del Consejero Secreto de Magia). Su cabeza, pequeña

y calva, parecía apergaminada, como una manzana rugosa. Sobre su nariz aguileña se asentaban unas gafas enormes de montura negra y con unos cristales, fulgurantes y gruesos como lupas, que agrandaban sus ojos de forma poco natural. Las orejas le colgaban de la cabeza como el asa del cubo. Tenía la boca tan estrecha como si se la hubieran abierto en la cara con una navaja de afeitar. En resumidas cuentas, no era precisamente el tipo en el que se puede confiar a primera vista. Pero eso no le preocupaba lo más mínimo a Sarcasmo. Nunca había sido un personaje muy sociable. Prefería no dejarse ver y actuar en secreto.



14 ■ Interrumpió sus paseos. Y se rascó la calva, pensativo. **I**—Al menos el elixir 92 tendría que estar terminado hoy —murmuró—. Al menos eso. Siempre que no venga otra vez a interrumpirme el maldito gato.

Se acercó a la chimenea.

En las llamas verdes había sobre unas trébedes una marmita de vidrio en la que hervía una especie de sopa de aspecto bastante nauseabundo: negra como el alquitrán y viscosa como la baba de un caracol.

Mientras examinaba el mejunje removiéndolo con una varita de cristal de roca, escuchaba, sumido en sus pensamientos, el rugido de la tempestad, que sacudía las persianas. Por desgracia, la sopa tenía que burbujear un buen rato hasta estar perfectamente cocida y convenientemente transformada.

Cuando el elixir estuviera acabado, resultaría una posición totalmente insípida que, podría echarse en cualquier comida o bebida. Las personas que lo tomaran creerían fir-

memente que todo lo que procedía de manos de Sarcasmo contribuiría al progreso de la humanidad. El mago tenía el proyecto de ponerlo a la venta en todos los supermercados de la ciudad después de Año Nuevo. Allí lo venderían con la etiqueta «Dieta del hombre sano».

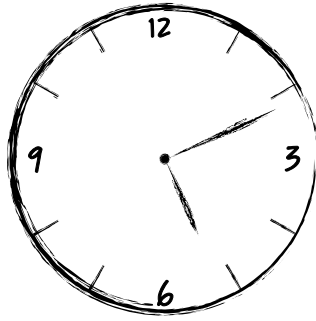
Pero todavía no estaba listo. La cosa necesitaba su tiempo. Y ese era precisamente su punto flaco.

El Consejero Secreto guardó la pipa y dejó que su mirada se deslizara por la penumbra del laboratorio. El resplandor del fuego verde danzaba sobre la montaña de libros viejos y nuevos, que contenían todas las fórmulas y recetas que Sarcasmo necesitaba para sus experimentos. Desde los oscuros ángulos del salón emitían misteriosos fulgores retortas, vasos, botellas y tubos en forma de alambique, en los que subían y bajaban, goteaban y humeaban líquidos de todos los colores. Además, había ordenadores y aparatos eléctricos, en los que tremolaban constantemente lámparas minúsculas de las que surgían leves zumbidos y pitidos. En un rincón menos iluminado subían y bajaban, constante y silenciosamente, flotando en el aire, bolas con luces rojas y azules, y en un recipiente de cristal hacía remolinos un humo que, de tiempo en tiempo, se contraía para formar una fantasmagórica flor fosforescente.

■ 15

Como ya se ha dicho, Sarcasmo estaba a la altura de los nuevos tiempos y, en ciertos aspectos, se hallaba por delante de su época.

Solo en lo referente a sus plazos se encontraba irremediablemente atrasado.



16 ■ Una leve tosecilla le sobresaltó.
Miró a su alrededor.

En la vieja butaca de orejas había alguien sentado.

«¡Ah! —pensó—. ¡Ha llegado el momento! Ahora lo importante es no achicarse».

Naturalmente, un mago —sobre todo uno de la talla de Sarcasmo— está acostumbrado a que se le presenten todo tipo de criaturas extrañas, a menudo sin anunciarse y sin haber sido invitadas. Pero en esos casos se trata, ordinariamente, de espíritus que llevan la cabeza bajo el brazo, o de monstruos con tres ojos y seis manos, o de dragones que vomitan fuego, o de cualquier otro tipo de monstruosidades. Una cosa así no habría asustado lo más mínimo al Consejero Secreto: estaba familiarizado con esos seres y trataba con ellos todos los días, o todas las noches.

Pero el visitante recién llegado era completamente distinto. Tenía un aspecto tan normal como cualquier hombre

de la calle, inquietantemente normal. Y eso fue lo que desconcertó a Sarcasmo.

El tipo llevaba un correcto abrigo negro, un rígido sombrero negro en la cabeza, guantes negros, y tenía sobre las rodillas una cartera negra. Su rostro era totalmente inexpressivo, solo muy pálido, casi blanco. Tenía los ojos descoloridos y un poco saltones. Miraba sin pestañear. No tenía párpados.

Sarcasmo hizo un esfuerzo y se acercó al visitante.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

El otro se tomó tiempo. Pasó un rato observando a su oponente con una mirada fría y luego replicó con voz sorda:

—¿Tengo el placer de hablar con el Consejero Secreto Doctor Profesor Belcebú Sarcasmo?

—Tiene usted ese placer. ¿Y...?

—Permítame que me presente.

Sin levantarse de la butaca, el visitante se quitó un momento el sombrero; en ese instante pudieron verse en su tersa y blanca cabeza dos pequeñas protuberancias rojas que parecían tumefacciones purulentas.

—Me llamo Oruga, Maledictus Oruga, si usted me lo permite.

El mago seguía resuelto a no dejarse impresionar.

—¿Qué le da a usted derecho a importunarme?

—¡Oh! —dijo el señor Oruga sin sonreír—. Señor, si me permite la observación, usted no debería hacer una pregunta tan necia.

Sarcasmo se frotó los dedos con tanta fuerza que crujieron.

—¿Acaso viene usted de...?

—Exacto —corroboró el hombre—. De allí.

Y mientras decía eso, señalaba con el pulgar hacia abajo.

Sarcasmo tragó saliva y enmudeció.

El otro prosiguió:

—Vengo por encargo personal de Su Excelencia Infernal, su bien amado Protector.

El mago intentó simular una sonrisa de regocijo, pero sus dientes parecieron encasquillarse súbitamente. Solo con gran esfuerzo logró murmurar:

—¡Qué honor!

—Lo es, señor mío —respondió el visitante—. Vengo por encargo personal del Ministro de las Tinieblas Supremas, Su Excelencia Belcebú, que le ha otorgado a usted la inmerecida distinción de llevar su mismo nombre. Mi insignificancia es solo un órgano ejecutor de ínfima categoría. Si cumplo mi encargo de forma satisfactoria para Su Excelencia, podré esperar que me asciendan pronto e incluso que me hagan espíritu maléfico con departamento propio.

18 ■

—Mis mejores deseos, señor Oruga —balbució Sarcasmo—. ¿Y en qué consiste su encargo? —su rostro adquirió ahora un tinte ligeramente verdoso.

—Yo estoy aquí —explicó el señor Oruga— en misión puramente oficial, como agente ejecutivo, por así decir.

El mago tuvo que carraspear. Luego dijo con voz ronca:

—Pero ¡por todos los agujeros negros del universo! ¿Qué quiere hacer usted en mi casa? ¿Tal vez embargarme? Aquí debe de haber un error.

—Ya se verá —opinó el señor Oruga.

Sacó un documento de su cartera negra y se lo mostró a Sarcasmo.

—Usted conoce, sin duda, este contrato, señor Consejero. En su momento lo cerró personalmente con mi jefe y lo firmó

con su propia mano. En él se dice que le son otorgados a usted durante este siglo, por parte de su Protector, poderes extraordinarios, realmente extraordinarios, sobre la naturaleza entera y sobre sus semejantes. Pero también se dice que usted se compromete a cumplir antes de fin de año, directa o indirectamente, las siguientes misiones: exterminar diez especies de animales, sean mariposas, peces o mamíferos; contaminar cinco ríos, o cinco veces el mismo río; provocar la muerte de diez mil árboles por lo menos, y así sucesivamente, hasta el último punto: desencadenar en el mundo una epidemia nueva cada año, como mínimo, que haga sucumbir a hombres o animales, o a unos y otros. Por último: manipular el clima del país de forma que se alteren las estaciones del año y haya períodos de sequía o inundaciones. Mi querido señor, en el año transcurrido solo ha cumplido usted la mitad de estas obligaciones. Mi jefe piensa que eso es lamentable, muy lamentable. Está enojado con usted. Y ya sabe qué significa eso para Su Excelencia. ¿Tiene usted algo que objetar?

■ 19

Sarcasmo, que ya había intentado repetidas veces interrumpir al visitante, espetó:

—Pero todavía no se ha acabado el año. ¡Por todos los diablos! Aún estamos en la tarde de San Silvestre. Tengo tiempo hasta medianoche.

El señor Oruga lo miró con sus ojos sin párpados.

—Es cierto, ¿y piensa usted... —echó una ojeada al reloj y prosiguió— realizar todo lo que le falta en las pocas horas que quedan? ¿Lo piensa realmente?

—¡Naturalmente! —chilló furioso Sarcasmo. Pero luego bajó súbitamente la cabeza y murmuró con voz casi imperceptible—: No, imposible.

El visitante se levantó y se acercó a una pared, contigua a la chimenea, de la que colgaban, esmeradamente enmarcados, todos los diplomas con los títulos del Consejero Secreto de Magia. Como la mayoría de sus colegas, Sarcasmo tenía en gran estima esos títulos. En un diploma podía leerse, por ejemplo, «MANA» (Miembro de la Academia de Negras Artes); en otro, «Dr. H C» (Doctor Horroris Causa); en un tercero, «ECIA» (Encargado de la Cátedra de Infamia Aplicada); en un cuarto, «MCSA» (Miembro del Consejo Supremo de Aquelarres), y había muchos más.

20 ■ —Escúcheme, pues —dijo Sarcasmo—. Intentemos hablar sensatamente. No depende de mi mala voluntad, que la tengo en abundancia, créame.

—¿De verdad? —preguntó el señor Oruga.

El mago se secó con un pañuelo el frío sudor de la calva.

—Haré todo lo que falta tan pronto como pueda. Que no le quepa duda a Su Excelencia. Dígaselo, por favor.

—¿Lo hará? —preguntó el señor Oruga.

—¡Maldita sea! —exclamó Sarcasmo—. Han surgido ciertas complicaciones que me han impedido cumplir a tiempo mis obligaciones contractuales. Un pequeño aplazamiento y volverá a estar todo en orden.

—¿Complicaciones? —repitió el señor Oruga mientras seguía examinando los diplomas sin especial interés—. ¿Qué complicaciones?

El mago se situó detrás de él y le habló al rígido sombrero negro.

—Probablemente, usted mismo está enterado de lo que logré en los últimos años. Era más de lo que mis condiciones contractuales exigían.

El señor Oruga se volvió y dirigió su vidriosa mirada al rostro de Sarcasmo.

—Digamos que era lo suficiente; para ir tirando.

Angustiado, el Consejero Secreto parlotaba cada vez más y terminó por enredarse en sus explicaciones:

—Nadie puede hacer una guerra de exterminio sin que, más pronto o más tarde, lo advierta el enemigo. Precisamente por mis grandes logros, la naturaleza empieza ahora a defenderse. Se prepara para devolver el golpe, solo que no sabe exactamente contra quién. Los primeros que empezaron a rebelarse fueron, naturalmente, los espíritus elementales: los gnomos, los enanos, las ondinas y los elfos, que son los más avisados. Me ha costado mucho trabajo y mucho tiempo capturar y neutralizar a todos los que habían averiguado algo sobre nosotros y podían ser peligrosos para nuestros planes. Por desgracia, no es posible matarlos, ya que son inmortales. Pero yo conseguí encerrarlos y paralizarlos por completo con mis poderes mágicos. Por otra parte, es una colección digna de verse. Está expuesta en el pasillo, si es que usted quiere convencerse por sus propios ojos, señor Gusano...

—Oruga —dijo el visitante sin aceptar la invitación.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Señor Oruga, naturalmente. Disculpe. El mago logró mostrar una sonrisa nerviosa.

—Los otros espíritus elementales se han atemorizado y han huido a los rincones más apartados del mundo. Así que nos hemos librado de ellos. Pero, entre tanto, los animales han empezado a sospechar. Han convocado un Consejo Supremo, el cual ha decidido enviar observadores secretos en todas las direcciones de la rosa de los vientos para descubrir

la causa del mal. Y desgraciadamente también yo tengo en casa un espía de esos desde hace cerca de un año. Se trata de un gato pequeño. Por fortuna, no es precisamente uno de los más avispados. Si quiere usted verlo, ahora está durmiendo. Además, duerme muchísimo, y no solo por naturaleza.

El mago sonrió sarcásticamente.

—Me he ocupado de que no advierta cuál es mi verdadera actividad. Ni siquiera sospecha que yo sé para qué está aquí. Lo he alimentado espléndidamente y lo he colmado de mimos; por eso cree que soy un gran amigo de los animales. ¡El pobre imbécil me adora! Pero usted comprenderá, señor Gusano...

22 ■ —¡Oruga! —dijo el otro, esta vez con bastante aspereza. Su macilento rostro solo estaba iluminado por las oscilantes llamas del fuego de la chimenea y ofrecía un aspecto sumamente huraño.

El mago inclinó ceremoniosamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Perdón, perdón —se golpeó la frente con la mano—. Estoy un poco distraído. Es por el estrés. Ha sido agotador cumplir mis obligaciones contractuales y, al mismo tiempo, engañar constantemente al espía que tengo en mi propia casa. Porque, aunque es un infeliz, ve y oye muy bien, como todos los gatos. He tenido que trabajar en circunstancias sumamente difíciles. No creo que se atreva usted a negarlo. Sobre todo, me ha costado mucho tiempo, por desgracia, querido señor... Ummm...

—Es triste —le interrumpió el señor Oruga—, realmente muy triste. Pero todo eso es su problema, amigo mío. y no altera el contrato. ¿O me equivoco?

Sarcasmo bajó la cabeza.

—Créame, señor: yo habría viviseccionado hace tiempo ese gato, lo habría asado vivo en el horno o lo habría enviado a la luna. Pero eso habría alarmado al Consejo Supremo de los Animales. Porque allí saben que el gato está en mi casa. Y es mucho más difícil dejar fuera de combate a los animales que a los gnomos y a otros seres de la misma calaña; más difícil, incluso, que neutralizar a los hombres. Con los hombres apenas hay dificultades. Pero ¿ha intentado usted hipnotizar a un saltamontes o a un jabalí? No hay nada que hacer. Y si se reunieran todos los animales del mundo, desde los más grandes hasta los más pequeños, y se lanzaran juntos contra nosotros, no serviría de nada ningún recurso mágico. Por eso, hay que prestar la máxima atención. Tenga la bondad de explicarle esto a Su Excelencia Infernal, su querido jefe.

■ 23

El señor Oruga cogió su cartera de la butaca y se acercó nuevamente al mago.

—Transmitir explicaciones no es cosa de mi incumbencia.

—¿Qué significa eso? —gritó Sarcasmo—. Su Excelencia tiene que reconocer lo que acabo de decir y tiene que reconocerlo por su propio interés. A fin de cuentas, yo no puedo hechizar. Es decir, sí puedo, pero hay ciertos límites, sobre todo de tiempo, incluso para mí. Y además, ¿por qué esa terrible prisa? De todos modos, el mundo va a perecer enseguida, porque estamos en el mejor camino para lograrlo. Así que poco importa que sea un par de años antes o después.

—Eso significa —dijo el señor Oruga respondiendo a la primera pregunta de Sarcasmo en tono glacialmente

cortés— que ahora está usted advertido. Volveré aquí a medianoche en punto. Así reza el encargo que se me ha dado. Si usted no ha saldado hasta entonces su pasivo contractual en materia de maldades...

—¿Qué ocurrirá?

—Será usted embargado por orden de la autoridad, señor Sarcasmo —dijo el señor Oruga—. Le deseo una placentera noche de San Silvestre.

—¡Espere! —gritó Sarcasmo—. Solo una palabra. Por favor, señor Gusano, ¡uy!, señor Oruga...

Pero el visitante había desaparecido.

24 ■ El mago se dejó caer en la butaca de orejas, se quitó las gruesas gafas y se golpeó el rostro con ambas manos. Si los nigromantes pudieran llorar, él lo habría hecho. Pero de sus ojos solo brotaron dos secos granos de sal.

—¿Y ahora qué? —rezongó—. ¿Ahora qué, por todas las pruebas y torturas?

Una de las novelas con mayor dosis de humor del autor de *La historia interminable*.

Belcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se disponen a preparar un ponche *genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso* para celebrar el año nuevo. Se trata de un tipo de brebaje muy apreciado en los círculos de brujería por el poder que posee. Con este ponche, todos los deseos que pidan antes de las doce de la noche se cumplirán, pero al revés. Es decir, si piden que haya paz, habrá guerra.

Pero el gato de Sarcasmo y el cuervo de Vampir, que escuchan lo que se está tramando, buscarán una solución al maleficio para que el brujo y la bruja no se salgan con la suya.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579011

ISBN 978-84-678-4092-6



9 788467 840926

www.anayainfantilyjuvenil.com

FANTASÍA



ANAYA